
BARFIELD, OWEN

Salvar las apariencias. Un estudio sobre idolatría, Atalanta, Girona, 2015, 255 pp.

En *Salvar las apariencias*, Owen Barfield realiza un análisis dialéctico basado en la premisa de que la evolución del lenguaje y la de la consciencia caminan de la mano, ahora y siempre. En este análisis, Barfield distingue cuatro conceptos clave: participación, figuración, pensamiento alfa y pensamiento beta.

El concepto de participación hace referencia a un estado de la consciencia en el que el ser humano sentía que formaba un todo con la naturaleza que le rodeaba, con la materia. Es el propio de los pueblos antiguos para quienes el mundo, como el ser humano, estaba dotado de un alma. Pensemos en ideas como la identificación entre *âtman* y *Brahman* en la religión hindú, manifestada en varias de las *Upanishad*.

Como explica Sam Betts en el prólogo (p. 21), la figuración “es lo que hacemos cuando percibimos y contribuimos con algo de nosotros mismos a la representación, que ya no es sensación. Esta actividad convierte lo que sentimos en cosas que nos representamos”. El pensamiento Alfa “consiste en especular sobre las relaciones entre las representaciones, tratándolas como algo ajeno a nosotros”; mientras que el pensamiento beta sería el pensamiento sobre el propio pensamiento y la percepción.

Es desde la noción de “representación colectiva” desde la que Barfield edifica una de las primeras tesis del libro: la idea de que el mundo, si objetivamente fue igual siempre (en el plano de lo no representado o físico), desde el punto de vista del ser humano ha ido evolucionando a la par que su consciencia. Como explica Barfield (p. 66) “la antropología comenzó por suponer que los pueblos primitivos perciben los mismos fenómenos que nosotros, y a partir de esta suposición estudió sus creencias sobre estos fenómenos. Pero ahora algunos antropólogos han empezado a señalar que la diferencia entre la mirada primitiva y la nuestra surgió en una fase más temprana. No sólo se trata de un pensamiento alfa diferente del nuestro, sino también de una figuración diferente, por lo que los fenómenos son tratados como representaciones colectivas produci-

das por esa figuración distinta. Algunos de ellos han sostenido que la diferencia más notable entre la figuración primitiva y la nuestra es que la primitiva implica “participación”, esto es, una certeza, que nosotros ya no poseemos, de que existe un vínculo extrasensorial entre el percipiente y las representaciones. Esto implica no sólo que nosotros pensamos de modo diferente, sino que los propios fenómenos (las representaciones colectivas) son diferentes”.

En la fundamentación de esta tesis —que ocupa las siguientes páginas del libro— son claves el concepto de “salvar las apariencias” y el de “idolatría”. La idea de “Salvar las apariencias” hace referencia a la astronomía antigua y medieval donde la explicación del movimiento de los astros no trataba de ser (por inverificable) “verdadera”, sino sólo salvar las apariencias, es decir, dar una explicación probable y que explicase el mayor número de fenómenos físicos y, a la vez, teológicos. En la actualidad, dice Barfield (p. 89), vuelve a ocurrir algo similar y en el mejor de los casos los físicos proponen “fórmulas matemáticas que en el momento de ser escritas se han revelado las más sencillas y convenientes para... salvar las apariencias”.

Respecto a la idolatría, Barfield señala (p. 100) que el mundo que vemos es una representación “en el sentido final de constructos mentales del observador” y añade que “una representación que es colectivamente malinterpretada como algo esencial no puede llamarse representación. Es un ídolo”. Es decir, que caemos en la idolatría al creer que los fenómenos son como los vemos; o dicho de otra manera, que no participamos en cómo los vemos, que son así “objetivamente”. “Así los fenómenos son “ellos mismos” ídolos cuando se los imagina gozando de esa independencia de la percepción humana, que de hecho sólo puede ser propia de lo no representado” (las partículas).

En última instancia, el pensamiento de Barfield es dialéctico y si a una etapa de participación original se le opone un periodo científico caracterizado por el pensamiento alfa que separa objeto de sujeto, el periodo de síntesis sería un pensamiento en el que, imposibilitado para regresar a la participación original, el ser humano, a través de la imaginación, pudiera alcanzar, sin embargo, un estado de participación final.

Dicho estado se caracterizaría por un empleo de la imaginación para, sin renunciar al pensamiento alfa ni beta, volver a animar el mundo, es decir, volver a ver la materia que rodea al hombre como consustancial a él, como animada por un mismo aliento vital (“élan vital”, que hubiera dicho Bergson).

Así, nos explica (pp. 200-202) que el siguiente estadio evolutivo de la consciencia será una participación final que convierta al artista en un creador direccional. “El uso sistemático de la imaginación será en el futuro un requisito no sólo para el incremento del conocimiento, sino también para salvar las apariencias del caos y la inanidad”.

El autor propone una unión del hombre y la naturaleza a través de la imaginación para recordar que todos los hombres son el hombre y que, aunque separados, todos los seres pertenecen a una misma mente. También en este pensamiento se ve el planteamiento dialéctico de Barfield quien presenta la participación final como un viaje de regreso a oriente y su filosofía después de que, en la antigüedad, y a partir de Aristóteles, comenzara un viaje “a occidente” que conduciría de la participación original al pensamiento alfa.

Si bien, como Barfield es un pensador cristiano procura incluir sus conclusiones en la óptica histórica del cristianismo y, de hecho, dedica la parte final de su libro a señalar como el nacimiento y el mensaje de Cristo supone el punto de cruce que supone la salida definitiva de la participación original y el inicio de la final mediante los primeros pasos del pensamiento Alfa.

El filósofo británico llega a señalar (p. 225) que “la participación final [...] es la progresiva encarnación del Verbo”. Para él (p. 230) la venida de Cristo es un hecho histórico, pero también simbólico. Con él “la interioridad del Nombre Divino había sido plenamente realizada en un hombre; la participación final, por medio de la cual el Creador del hombre habla desde dentro del propio hombre, se había cumplido. La palabra se había hecho carne”.

Y resume su pensamiento de la siguiente manera (p. 233): “La participación original enciende el corazón desde fuera, desde una fuente externa a él; las imágenes vivifican el corazón. Pero en la participación final [...] el corazón se enciende desde dentro por Cristo,

y el corazón el que vivifica las imágenes”. En adelante, añade (242) “la vida de la imagen habrá de salir de dentro. La vida de la imagen no será sino la vida de la imaginación”.

Para Barfield (p. 246) “la participación final es el misterio mismo del reino [...] y todavía estamos tan sólo en la frontera exterior de su territorio. Dos mil años son un tiempo insignificante comparado con las eras que precedieron a la encarnación”. Según él, había una participación original inconsciente del Mundo (y de Dios) y caminamos hacia una participación final consciente.

Alberto Gómez Vaquero. Universidad Complutense de Madrid
albertogomezvaquero@gmail.com

COHEN, ALIX (ED.)

Kant's Lectures on Anthropology. A Critical Guide, Cambridge University Press, Cambridge, 2014, 270 pp.

El último volumen colectivo que la profesora de la Universidad de Edimburgo, Alix Cohen, ha dedicado al estudio de la obra antropológica de I. Kant ofrece una selección de estudios que dibujan un mapa de la naturaleza humana en el que las emociones, la educación cosmopolita, las costumbres y la cultura constituyen elementos cruciales para su comprensión. Todas estas cuestiones forman parte de lo que Robert Louden, uno de los autores del volumen, denominó “Kant’s impure ethics”, en cuyo fondo emocional Cohen viene explorando al menos desde 2009, fecha en que publicó su destacable monografía *Kant and the Human Sciences* (Palgrave Mcmillan). El trabajo de Werner Stark sirve de contextualización de los cursos que Kant dedicó a la antropología, desde 1772 hasta el final de su actividad docente en los años 90, cuya característica principal era la utilidad y carácter ameno de sus contenidos, muy ligados a la observación fragmentaria y alejados de la deducción científica, a la par que abiertos a un público socialmente mucho más abierto que el habitual en los cursos de filosofía. Se trata propiamente de lecciones atentas en mayor medida que la abstracta exposición científica